

Edición de la entrevista:

Francisco Bulnes S.
Isabel de la Maza C.
Investigaciones CIDOC



DOCUMENTO

ENTREVISTA A

JUAN DE DIOS CARMONA PERALTA

Como parte de sus esfuerzos por conservar la memoria histórica reciente de nuestro país, el **Centro de Investigación y Documentación en Historia de Chile Contemporáneo (CIDOC)** ha creado un archivo audiovisual con entrevistas testimoniales a personajes destacados en el quehacer nacional de los últimos cincuenta años. Entre ellas se cuenta la siguiente conversación con Juan de Dios Carmona Peralta, quien fuera diputado, senador y presidente de la Democracia Cristiana; ministro de Defensa durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva; miembro del Consejo de Estado y embajador en España del gobierno militar.

La entrevista reproducida en las páginas siguientes se realizó en la Universidad Finis Terrae el 14 de abril de 1999, y participaron en ella Pablo Baraona (PB), Álvaro Bardón (AB), Roberto Kelly (RK) y Patricia Arancibia (PA).

(PB): Nos encontramos en esta oportunidad con Juan de Dios Carmona Peralta, quien ha sido a la vez observador y protagonista en los últimos cincuenta años de vida nacional. Nos gustaría preguntarle una cantidad enorme de cosas, pero quizás la más curiosa o de mayor interés tenga relación con lo que le sucedió a muchas personas como él que, siendo militantes de la Democracia Cristiana, fueron colaboradores muy directos del gobierno militar. No ocurrió con la mayoría, pero sí con una fracción bastante importante de esa colectividad política. ¿Cuáles son las razones para explicar este cambio, que constituye una división poco común en un partido cuyas escisiones se produjeron más bien hacia la izquierda?

(JC): Voy a tratar de satisfacer esos deseos, en una forma mínima tal vez, porque cuesta conservar los recuerdos después de la cantidad de años que han pasado. A mi entender, cuando se produjo el 11 de septiembre de 1973, en la Democracia Cristiana había una tendencia muy clara hacia la izquierda. Pero había también una tendencia de centro, que miraba hacia ciertas cosas de la derecha para defender lo esencial del país que en ese tiempo se estaba viendo amenazado, como el régimen democrático chileno y una serie de otros derechos relacionados con las garantías individuales. Hubo una serie de proyectos del gobierno de la Unidad Popular que fueron muy mal mirados por la Democracia Cristiana, entre otros la Escuela Nacional Unificada (ENU), el hecho de que no se promulgara nítida y claramente la reforma constitucional que establecía las tres áreas de la economía o la defensa de muchas empresas que en opinión nuestra no debían pasar al área social en ese momento, y menos a la propiedad del Estado. En general, se trataba de políticas que el gobierno de la Unidad Popular desarrolló con prescindencia de criterios nacionales y de criterios econó-

micos -o de eficacia económica, porque la idea era acumular el mayor poder posible tanto a nivel político como económico, y no la de servir criterios de eficacia económica-. Si trajéramos a colación algunos ejemplos de manejo de las empresas estatales, las cuales en su momento aportaron casi ochenta por ciento de la actividad económica nacional, se puede llegar a la conclusión de que los resultados económicos no les interesaban absolutamente para nada. Pretendían, lisa y llanamente, obtener el poder político y el poder económico necesarios para conducir al país. No había otra solución, dadas las características del gobierno de la Unidad Popular y la falta de conducción que Salvador Allende demostró al final sobre él.

Fueron ésas las circunstancias que tuve en cuenta en el año 1976, cuando el entonces Ministro de Justicia, Miguel Schweitzer, planteó la necesidad de crear un organismo asesor y al mismo tiempo informante o consultor del régimen gubernativo y del Presidente de la República, el Consejo de Estado. Lo integrarían diversas personalidades, y en un primer instante se convocó a los tres ex presidentes de la República que había.¹ Al ex presidente Eduardo Frei Montalva se le ofreció en varias oportunidades una nominación al Consejo de Estado, cosa que él no aceptó. Por el hecho de haberme desempeñado a cargo de un ministerio, don Miguel Schweitzer me ofreció entonces a mí la Consejería de Estado como representante de los ex ministros de Estado. Lo pensé dos veces y después fui a hablar con él y lo acepté, porque me hice una composición muy clara de lugar. Lo que se pretendía en ese momento -cosa que ya estaba muy determinada por parte del régimen militar y muy especialmente por el Presidente Pinochet-, era ir institucionalizando poco a poco al país, dotándolo de un sistema que pudiera ser estudiado profundamente y que, al mismo tiempo, pudiera reemplazar al régimen constitucional que había

provocado este quiebre tremendo en la vida institucional. En ese sentido, pensé que era una cosa muy prudente, sana, y que la Democracia Cristiana -partido al que yo pertenecía- se vería beneficiada si participaba en el estudio de una nueva institucionalidad que condujera a un proceso de democratización y constitucionalización clara del país.

(PA): La idea es que en 1974 se había producido con más claridad una división dentro del partido, ¿no?

(JC): No, no, eso fue inmediatamente al comienzo, con la llamada Declaración de los Trece, cosa que fue una posición profundamente minoritaria en ese tiempo. Pero yo les estaba contando cómo acepté participar en el Consejo de Estado. Después de dar ese paso, fui al Partido Demócratacristiano a explicar cuál era mi posición, pidiendo al mismo tiempo que dejaran a la gente y a los militantes en libertad de acción para prestar un determinado tipo de colaboración en algún momento, que no significara participar en el gobierno ni ayudar al gobierno militar, sino la posibilidad de abrir un cauce hacia la institucionalización del país. Les expliqué este asunto que me parecía fundamental, por eso y porque permitiría obtener una visión muy completa sobre las cosas que podían ocurrir. En ese momento, diría que gran parte de la Democracia Cristiana participaba de este criterio, incluso habiéndose negado el ex presidente Frei a participar en el Consejo de Estado. Y en el Consejo se estudió, precisamente, la nueva Constitución del país.

(PA): ¿Usted habló personalmente con el ex presidente Eduardo Frei? ¿Qué le dijo en esa oportunidad?

(JC): Fui a hablar con Eduardo Frei y fui a hablar con el Consejo (del PDC). La posición de Frei fue muy curiosa, y yo le manifesté claramente que no estaba de acuerdo con él, porque en ese momento el

régimen militar debería dar un paso que hiciera posible la constitucionalización del país, antes de aceptar una posición de esa naturaleza. Y le dije que precisamente el hecho de participar en el Consejo de Estado conduciría a la posibilidad de dar el paso que él pretendía en ese entonces. Se produjo ahí una divergencia de criterios bastante clara. Eduardo Frei me pidió que me quedara en el Partido, y yo le contesté que no tenía intención alguna de renunciar. Pero el Consejo, después de analizar esta materia, me exigió perentoriamente que yo desistiera de mis propósitos. Como ya estaba cursado el nombramiento, no acepté, y en esas condiciones me excluyeron del Partido Demócratacristiano. Yo había presentado una renuncia, explicando que seguía fiel a mis principios y a toda la ideología, en fin, pero que por medio de esa renuncia me dejaran libertad suficiente como para colaborar de esa forma, cosa que después observé claramente que hizo don Patricio Aylwin cuando ejerció la Presidencia de la República. “Déjenme libre de la militancia, suspendo mi militancia, y después la recupero”, pero no se aceptó de esa manera y fui excluido de la Democracia Cristiana. Después hicieron lo mismo con diferentes personas. Creo que Álvaro Bardón estuvo en esa línea, William Thayer, Santiago Gajardo y no recuerdo quién más en este momento, pero fueron excluidos más o menos en ese tiempo. Eso fue lo que sucedió, pero lo curioso es que me dieron una serie de manifestaciones, de reuniones y de muestras de adhesión. Conservo cartas de algunos -ahora prominentes demócratacristianos- que estuvieron de acuerdo conmigo y que me impulsaron a hacerlo, pero después se arrepintieron, yo creo. La situación en la Democracia Cristiana no estaba tan clara en el sentido de que eran gente de izquierda rotundamente opuesta al régimen militar y contraria al 11 de septiembre. ¡No!, no sucedió eso. Hubo incluso una mayoría que estuvo de acuerdo con el 11 de septiembre, y con que nos mantuviéramos en una situación tendiente a afianzar por to-

dos los medios posibles un proceso que posteriormente nos llevara hacia una institucionalidad democrática. Eso es lo que puedo informarles, lo que puedo decirles. Si en ese momento hubiéramos querido reunirnos para lanzar entre todos la idea de crear un movimiento diferente, lo habríamos conseguido, yo creo. Estoy seguro que lo habríamos conseguido. Bueno, pero no lo pudimos hacer tampoco.

(PA): ¿Una derecha cristiana?

(JC): No, no una derecha cristiana, sino un partido social cristiano, o un movimiento social cristiano que hubiera puesto los puntos sobre las íes, porque yo diría que había aspectos bastante precisos de diferencia.

(PB): ¿Es cierto que el Partido Demócratacristiano estuvo empujando para que se produjera el 11, ya que no había otra alternativa, incluyendo a muchos como Eduardo Aninat, Juan Villarzú -por nombrar a los más conocidos ahora-, Andrés Sanfuentes o Jorge Cauas, que se quedaron?

(JC): Y el que se quedó como subsecretario de Economía.

(AB): Max Silva, y el ministro de Justicia.

(JC): El ministro de Justicia nombrado desde el primer momento, Gonzalo Prieto, era militante demócratacristiano, pero nunca se tomó medida alguna en su contra.

(PB): Pero sí estuvimos con muchos demócratacristianos en el gobierno. Pero a fines del 74 hubo un momento en que el Partido puso una especie de ultimátum -o es de allá o es de acá-, y en ese momento salió un montón de gente.

(JC): La idea que tenía la plana mayor

del Partido, y en este caso muy concreto Eduardo Frei Montalva y Patricio Aylwin, por ejemplo, que discreparon con la posición de “los trece”, era que debía apurarse el restablecimiento de la legalidad en el país, lo que llamamos la legalidad y el régimen democrático y constitucional del país. Como no se fueron dando los pasos, indudablemente después se fueron alejando, pero su posición primitiva fue muy rotunda en ese sentido. Tan clara fue la aceptación del 11 de septiembre por parte de la directiva del Partido, que según recuerdo enviaron una delegación cuando aparecieron las primeras voces pidiendo explicaciones y manifestando inquietudes por parte de la Democracia Cristiana europea, especialmente la italiana. En octubre de 1973, una delegación integrada por Enrique Krauss, Juan Hamilton y yo viajamos a Venezuela. Rafael Caldera estaba de presidente en ese tiempo. Explicamos la situación e, indudablemente, encontramos posiciones de ambos lados en el COPEI² venezolano. Pero Rafael Caldera, que nos recibió en el palacio presidencial, se mostró relativamente comprensivo de la situación en que nos encontrábamos. Después continuamos viaje hacia Roma. Krauss y Hamilton se fueron a Alemania y volvimos a encontrarnos en Madrid. En Roma tuvimos una larguísima reunión de cuatro horas con Mariano Rumor, en ese entonces jefe del gobierno italiano y, al mismo tiempo, presidente de la Democracia Cristiana Internacional. Mariano Rumor criticó abiertamente la posición asumida por la Democracia Cristiana chilena sobre lo ocurrido en Chile, y especialmente el apoyo que, según ellos, le había dado al 11 de septiembre. Tan clara era la visión de Mariano Rumor en torno a la posición del Partido, que nos recibió con una andanada.

(PA): Porque Leighton había viajado a dar la versión contraria.

(JC): No, viajó después, o por esa misma fecha. Ellos ya tenían esa posición.

Mariano Rumor nos recibió muy mal y le echó toda la culpa a Eduardo Frei. Hizo una disertación ahí, en la que criticó abiertamente a Eduardo Frei Montalva y nos puso documentos sobre la mesa: "Miren esta entrevista que dio Frei al ABC de Madrid. ¡Esto es una vergüenza! ¿Cómo puede haber dicho una cosa igual?". Fui el único que tomó unos pequeños apuntes en esa oportunidad, que los tengo, porque él (Rumor) prohibió que se tomaran apuntes. Cuando regresamos, escribí todo en un papel que tengo guardado por ahí. Era una libreta de teléfonos que yo tenía, donde anoté los puntos que planteó, y uno de ellos fue precisamente un alegato contra Eduardo Frei. Decía que la Democracia Cristiana Internacional sentía vergüenza por lo que había pasado, con la posición asumida por la Democracia Cristiana chilena. Bueno, estaba clarísimo cómo lo veían ellos en Europa. Decir, por ejemplo, que la Democracia Cristiana no había tenido una posición clara respecto de la intervención militar no era la realidad, o lo que sucedía, o la visión que tenían en Europa de este asunto. Nosotros tratamos de explicarle lo que había ocurrido. Tanto es así, que yo me impresioné mucho. A la vuelta, me fui directamente a conversar con Eduardo Frei y le expliqué lo que había dicho. Frei, que era un hombre de grandes virtudes, pero al mismo tiempo de grandes vacilaciones en un momento determinado, se impresionó profundamente con este asunto. De ahí salió la carta que le escribí a Mariano Rumor, cuyo portador fue Patricio Aylwin. Eso fue lo que sucedió, en realidad. Y esta carga que comenzó a percibirse en 1974, después de nuestro regreso, poco a poco empezó a ganar terreno en el Partido. Los militantes, y Eduardo Frei también, empezaron a cambiar esa posición de aplauso que tuvieron primero, a una posición de inquietud, hasta resolverse finalmente en forma distinta. Las opiniones fueron evolucionando gradualmente.

(PA): ¿Quién era su "orejón"? ¿Quién

lo ayudó a cambiar de posición? ¿Quién era el hombre más cercano en ese momento?

(JC): ¿De Eduardo Frei? Bueno, Frei tenía varias personas, consultaba siempre a mucha gente, así es que... Yo siempre tuve una buena relación con él y siempre tomé en cuenta mis opiniones. No puedo negarlo. Pero yo notaba que él se iba distanciando cada vez más de la posición inicial que había tenido al respecto. Y ésa fue una realidad. Ahora, qué sucedió dentro del Partido con lo que hizo el régimen militar. Si nosotros hubiéramos querido, podríamos haber empezado a crear un movimiento en ese sentido. No lo hicimos, primero, en consideración a nuestro propio partido y a figuras como Eduardo Frei y otras, por quienes teníamos una verdadera veneración dentro de la Democracia Cristiana. De eso no cabe duda alguna. Segundo, porque no hubo "chance" de formar un movimiento, ya que el régimen militar nos llamó y nos dijo: "No muevan este asunto, porque nosotros no queremos actividades políticas ni partidistas". Según recuerdo, cuando vino la primera intervención en las Naciones Unidas y el primer acto de repudio contra el gobierno por parte de las Naciones Unidas en el año 1974, la cosa no estaba clara y había mucha división interna. Nos molestó mucho la declaración de las Naciones Unidas. Entonces, yo me reuní con un grupo de ex senadores del Partido y la mayoría de nosotros firmamos una declaración. La tengo por ahí guardada también. Después tratamos de publicar esa declaración, pero el gobierno militar no quiso. No lo aceptó, y los que estábamos en una posición diferente quedamos lisa y llanamente desguarnecidos. Creo que en ese momento estaba don César Benavides de ministro del Interior. Entonces, a mí "me tiraron las orejas" en el Partido -Osvaldo Olguín, que era íntimo amigo mío y que estaba de vicepresidente, porque Patricio Aylwin andaba fuera en ese momento-. Cuando volvió Patri-

cio Aylwin, nos llamó el ministro Benavides y nos dijo que terminaríamos con estos "dimes y diretes" dentro del Partido. El gobierno militar no aguanta nada, ni a favor ni en contra. Nada, absolutamente nada. Entonces, nunca se pudo publicar esa declaración, aunque hicimos las firmas y todo. Posteriormente, no recuerdo por qué motivo, Patricio Aylwin también trató de hacer una declaración, pero lo llamó el ministro Benavides. Tengo una carta que me escribió en su oportunidad Patricio Aylwin, para contarme la situación tremenda en que había quedado después de la entrevista con el general Benavides, porque el general Benavides le dijo: "Mire, señor: ¡Aquí no me abre la boca!". Salió en pésimo estado de ánimo de la entrevista. Por eso se fueron acumulando estas cosas, que rebotaron especialmente en el ánimo de Eduardo Frei y de otros prominentes demócratacristianos, y que los condujeron a tomar una posición diferente. Ésa era la realidad que existía dentro del Partido. Les contaré que cuando volvimos nosotros en octubre de 1973, nos siguieron un poco la pista y la Junta aceptó recibirnos, a los tres. Enrique Krauss, Juan Hamilton y yo tuvimos una larga reunión con los cuatro miembros de la Junta, durante la cual les contamos todo lo que nos había pasado en Europa. Nosotros estimábamos que era un deber informar a la Junta, para que vieran cuál era el estado de ánimo europeo en ese momento, especialmente entre los demócratacristianos.

(PA): ¿Y qué dijo el general Pinochet en esa oportunidad?

(JC): Bueno, no manifestaron opinión alguna. Nos agradecieron, en fin. Fue una entrevista muy cordial, pero el hecho de que la Junta nos recibiera acrecentó las ganas de la directiva y del Partido Demócratacristiano de meterse más en la política. Después vinieron esos "párale" que desanimaron las cosas en ese sentido. Esto es fundamentalmente lo que ocurrió

en esos primeros tiempos.

(PB): No avancemos hacia delante, porque quiero llevarte más atrás.

(JC): Además, quería referirme a otro punto que considero muy importante en este asunto: qué sucedió con los miembros del Partido Demócratacristiano que empezamos a analizar esta posición, concluyendo que no nos llevaría a ninguna parte y que no podíamos seguir en eso. Vimos muy claramente la diferencia que había entonces entre la Democracia Cristiana alemana y la Democracia Cristiana italiana. La segunda se preocupaba sólo de sus intereses y mantenía relaciones estrechas con los socialistas italianos, quienes en esa época todavía no abandonaban el marxismo, al igual que en el resto de Europa. Estamos hablando del año 1973, 1974. La primera, en cambio, mantuvo siempre una posición más bien derechista en el conjunto de la política europea. Después, como en Alemania no se formaron partidos derechistas, pasó a constituir la derecha o centroderecha en ese país. Fueron claramente los inventores de la economía social de mercado, que no tuvo resonancia alguna aquí en Chile y que no fue percibida por el Partido Demócratacristiano. Si la hubiera tenido, en el gobierno de Eduardo Frei, por ejemplo, se habrían hecho intentos por establecerla. Habría sido quizás el inicio de una revolución en materia económica, que habría diferenciado muy claramente el naipe y que no nos habría llevado al exceso de estatismo al que nos condujo después la Unidad Popular. Lo cierto es que había esa diferencia muy clara, y no se cortaban las relaciones entre los izquierdistas y los pseudoizquierdistas del Partido Demócratacristiano con los alemanes. Ellos eran los grandes proveedores, mientras que los italianos eran muy buenos habladores. Esa situación no fue percibida en la Democracia Cristiana, y nunca se abordó la idea de una nueva concepción económica, que nos llevara a tomar una posición como la asu-

meida más tarde por el régimen militar. En realidad, a muchos de nosotros nos conquistó el cuento de la revolución económica que realizó el gobierno militar en el país. Tanto a mí como a William Thayer y a otros nos impresionó profundamente, y valorizamos muchísimo que se haya dado ese paso tan importante para el desarrollo del país, cosa que no se había logrado en los gobiernos que llegaron hasta 1973.

(PB): Yendo un poco más hacia atrás, una opinión que necesariamente es muy personal sobre el Partido Demócratacristiano, que todos sabemos nació pequeño, pero luego de unos diez o quince años de vida azarosa explotó y fue creciendo hasta ser gobierno en 1964. Recuerdo haber presenciado una discusión durante un año de sequía—1967 debe haber sido— en la oficina del Ministro del Interior, Edmundo Pérez Zujovic. Estaban Pérez, Carlos Figueroa—que era subsecretario de Agricultura—, Rafael Moreno³ y alguien más de la CORA. Se produjo una discusión entre Moreno y Pérez Zujovic que a los invitados técnicos que estábamos ahí nos dio un poco de vergüenza presenciar, de manera que tuvimos que retirarnos. Fue terrible, ¡terrible! Poco tiempo después vino el asunto de la “vía no capitalista”, aunque hubo gente que amortiguó un poco la cosa, como Carlos Massad. ¿Cómo explica este asunto? ¿Está relacionado con lo que expresé antes, en el sentido que el Partido Demócratacristiano fue “saliéndose hacia la izquierda”, digamos al MAPU, a la Izquierda Cristiana?

(JC): Hay que ver los tiempos que se vivían. Prácticamente todo el período de Eduardo Frei fue de izquierdización “a la bruta”, es decir, que nadie ponderaba las cosas ahí. El que decía las cosas más absurdas desde el punto de vista demagógico era quien tenía mayor credibilidad en ese

tiempo, y poco a poco esa posición fue ganando terreno. En los tiempos de Eduardo Frei nacieron el MAPU y la Izquierda Cristiana⁴. Empezaron a venir las divisiones, y yo diría que es necesario examinar claramente la candidatura de Radomiro Tomic. Eso lo advertimos quienes estábamos en el gobierno en ese tiempo, cuando empezó esto. La candidatura de Radomiro Tomic era una verdadera ruptura con lo que había hecho el gobierno de Eduardo Frei. Lo consideraba un gobierno débil, apocado en cuanto a emprender grandes reformas, en fin, un montón de cosas. Entonces él impulsó la “vía no capitalista de desarrollo”, que hasta el momento nadie me ha podido explicar.

(PA): Cuando volvió de Estados Unidos, Radomiro Tomic hizo su famoso discurso en Arica. Ahí ya se notaba que mantenía una posición contraria, por decirlo así.

(JC): Y hablando indudablemente en rigor a la verdad, Eduardo Frei estaba indignado ante la posición asumida por Tomic y la candidatura de Tomic, porque decía que en la práctica era el peor crítico que tenía el gobierno demócratacristiano.

(PA): Pero al parecer era el candidato natural de la Democracia Cristiana. No había otro.

(JC): Es que hay que entender la mentalidad del Partido Demócratacristiano, que recién ahora he podido comprender bien. La Falange Nacional salió formada, cuando se separó del Partido Conservador. Yo no fui fundador de la Falange Nacional, porque entré después, en 1941. Cuál fue el atractivo que tuvo la Falange Nacional entre las personas que en ese tiempo estábamos terminando nuestros estudios universitarios, o éramos estudiantes jóvenes en general, que desarrollábamos actividades como dirigentes católicos en las diferentes provincias del país. Yo pienso que la Falange Nacional fue una verdadera tra-

rea generacional en el país: ése fue el atractivo que tuvo para nosotros. Prácticamente fue una generación en la cual apareció gente de grandes virtudes, como el caso de Manuel Garretón, Bernardo Leighton. Estuvo también en sus comienzos Mario Góngora, gran ideólogo en los tiempos de la Falange. Era gente de primerísima categoría y, al mismo tiempo, gente muy joven. Si yo recuerdo que en sus primeros tiempos la Falange no podía presentar candidatos a senador, porque no había gente que tuviera la edad exigida en esa época. Era cosa de juventud, ese discurso juvenil, esa tarea tremenda que se invocaba. Y no importaban las derrotas, porque venía una derrota tras otra en las elecciones municipales, en las parlamentarias, en fin. Cuando aumentábamos de dieciséis mil a dieciocho mil votos era una locura en todo el país. Teníamos tres diputados cuando fui elegido por primera vez el año 49. En el año 53, tres diputados nuevamente, pero el año 57 empezó a mejorar la cosa. No nos importaba hacer todo tipo de sacrificios. Era increíble. Estábamos dispuestos hasta a echar la casa por la ventana. ¿Por qué? Porque nos sentíamos miembros de una generación que quería modificar profundamente al país, no sólo desde el punto de vista político, y ésa era una cosa que entusiasmaba. Entusiasmaba tanto, recuerdo, que en mis tiempos de dirigente universitario nos reunimos en cierta oportunidad con gente más o menos de la misma generación, que estaba como desalentada por lo que había visto en sus propios partidos. Era el caso de Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez y otros, que estaban en el Partido Socialista, pero que se sentían desalentados con la posición del Partido Socialista. Y tuvimos una reunión, de la cual conservo sólo una fotografía borrosa, en el "restorán" de la Quinta Normal. Varios jóvenes nos reunimos para analizar si formábamos una gran movimiento que expresara esta postura generacional, este impulso juvenil. Queríamos transformar la política chilena, y

estábamos dispuestos a formar un solo movimiento en ese sentido. Eso no pasó más allá de los buenos deseos, pero destaca este hecho para ilustrar cuál era la posición que nos representaba en ese momento. La transformación de la Falange Nacional en Democracia Cristiana, con la aceptación de otras personas, de otros partidos diferentes que aceptaron incursionar, como los agrario laboristas y el PADENA⁵, indudablemente hizo que este partido se transformara en un partido humano.

(PA): Pero los que formaron el MAPU⁶ fueron gente también joven, que quería cambios más radicales, y eso se logró concretar.

(JC): Por eso mismo. Indudablemente, mucha de esa gente joven que nos había conocido, sabiendo que habíamos entregado nuestra fuerza de juventud, decían: "Ahora hemos llegado al poder. ¿Por qué no responden ahora con el mismo impulso de antes?". En ese sentido, yo comprendo mucho la situación de ellos, y realmente eso es un motor que sigue operando dentro de la Democracia Cristiana: por qué no volver a esa primera noción que teníamos de la política.

(PB): Entre paréntesis, esta última elección entre Enrique Krauss, Rafael Moreno y Andrés Zaldívar se dio un poco en esos términos, de volver y no de añadir.

(JC): Ahí apareció Jaime Castillo, por ejemplo, con su camino propio. Fue una postura que prendió mucho en el Partido, y quienes estábamos en el gobierno tuvimos que luchar muchísimo para parar esta máquina —que no era volverse hacia la izquierda, porque Jaime Castillo era total y absolutamente antimarxista, pero que tuvo una gran influencia dentro del Partido, como una especie de motor—.

(PA): Usted fue secretario general de

la candidatura de Eduardo Frei, ¿verdad?

(JC): Fui secretario general de la candidatura de Frei.

(PA): ¿Por qué usted, considerando que su relación con Eduardo Frei se fue enfriando a lo largo del tiempo?

(JC): Frei me distinguió mucho y me tenía confianza. Éramos tres los parlamentarios diputados y él era el único senador que tenía el Partido. Qué sucedió. En el año 53 estábamos como diputados Ignacio Palma, Pedro Videla y yo, pero en un momento determinado quedé prácticamente solo, porque Ignacio Palma estuvo enfermo un tiempo y Pedro Videla inició un viaje larguísimo —llegó hasta la Unión Soviética o no sé dónde—. Entonces, las tareas parlamentarias se fueron al tacho de la basura. Al mismo tiempo, me tocó asumir la vicepresidencia de la Cámara de Diputados. Eso fue durante la presidencia de Ibáñez, cuando estaba Julio Durán de presidente y Héctor Correa de vicepresidente. Así es que tenía la vicepresidencia de la Cámara y tuve la presidencia de la Falange. Armamos la Confederación Social Cristiana en ese tiempo, paso previo a la constitución del Partido Democristiano en 1957, cuando Rafael Agustín Gumucio asumió la presidencia. Pero por ese motivo, Eduardo Frei tuvo una gran consideración y una gran confianza en mí. Además, en el año 56 ó 57, por ahí,⁷ cuando se produjo el posible llamado del Presidente Ibáñez a lo que después se llamó "misión Frei", Eduardo Frei tuvo grandísimas dudas en torno a aceptar o no aceptar este asunto, porque decía: "Si fracasamos, qué vamos a hacer". Como era un hombre tremendamente analítico, que ponía en la balanza un montón de razones para un lado, un montón de razones para el otro a veces... Es decir, le costaba tomar decisiones. En esa oportunidad, yo lo empujé, prácticamente. Le dije que tenía que aceptar, que tenía que asumir res-

ponsabilidades y que ésa era la única manera de surgir en este teatro de la política chilena. Frei aceptó, y aunque después Ibáñez se retractó, quedó con la gloria de haber aceptado una misión casi imposible. Con esa gloria que indudablemente lo impulsó después. Ahí partió la candidatura presidencial para el año 58. Siempre tuvo una relación extraordinariamente buena conmigo.

(AB): Yo estaba metido en la junta del Partido a fines del gobierno de Frei, en 1968, y recuerdo que todo el mundo se daba cuenta de que Radomiro Tomic no sería el vencedor. Todo el mundo esperaba que Eduardo Frei hiciera algo, que levantara otro candidato como Edmundo Pérez o usted mismo. ¿Qué sucedió?

(JC): El Partido tenía esta idea fundacional, y tenía la idea de respetar a sus líderes. Primero fue Manuel Garretón, después Eduardo Frei, y después venía Radomiro Tomic. Entonces, Tomic podía hacer lo que quisiera dentro del Partido. Tomic era el segundo después de Frei y nadie le podía hacer la sombra a la segunda candidatura presidencial. Así funcionaba la lógica, pasara lo que pasara. Radomiro Tomic era un gran orador, audaz, tenía una estampa de caudillo muy grande. A nadie se le ocurría que Edmundo Pérez o yo, en mucho menor escala, o el mismo Bernardo Leighton lo reemplazaran. Tampoco desapareció ante la posibilidad de la candidatura de Frei. Y como él había estado fuera mucho tiempo en Estados Unidos, al comienzo la gente no se dio cuenta de este asunto.

PA): Era una dinastía.

(JC): Una dinastía, una verdadera herencia. Eduardo Frei quiso reaccionar contra esto, pero no pudo. La máquina ya estaba andando. Ésa es la situación. Pero Eduardo Frei, rotundamente, no era partidario de la candidatura Tomic. Eso se los digo

de primera fuente. Yo fui elegido secretario general de la campaña, en la parte política -la parte administrativa de la campaña la llevó Álvaro Marfán-, especialmente cuando vino la adhesión sin condiciones por parte de la derecha, después de lo sucedido durante la elección complementaria de Curicó.

(PA): Se dice que llegaron muchas platas desde Estados Unidos en el 64.

(JC): Mire, no fue tanto. Debe haber llegado plata desde Estados Unidos, pero toda esa parte la manejaba Álvaro Marfán. Yo no tuve acceso a esa parte. Yo era quien gastaba, por las giras, en fin. Pero siempre hubo una relación de mucha confianza con Eduardo Frei y nos entendimos muy bien durante la campaña. Quiso designarme ministro del Interior en el primer gabinete, pero ahí vinieron presiones del Partido para que nombrara a Bernardo Leighton. Yo diría que se vio como un poco obligado a nombrar a Bernardo Leighton. Yo le exigí que así lo hiciera, porque veía las dos cosas: al Partido, que se me dejaba caer ahí, en toda la secretaría de la campaña, y veía la eficiencia que había. Cuando se ganó la elección, al Partido hubo que hacerle un "párele", porque prácticamente quiso tomar posesión del gobierno. Por esa razón me designó secretario general de su campaña. Radomiro Tomic colaboró muy poco durante la campaña de Frei en el año 64, muy poco, muy a la distancia. Fue diputado por Tarapacá y después fue elegido senador en una complementaria que hubo el año 50. Más tarde salió elegido senador por Valparaíso. "Pelando" un poco aquí, como yo no era parlamentario, durante la campaña de Eduardo Frei me dediqué exclusivamente a eso y Frei me pidió que lo acompañara en una gira al norte. Estaba muy reticente, porque Radomiro Tomic tenía un gran ambiente en el norte. A medio camino, más o menos por Iquique o algo así, ya Frei estaba "atacado". Cada vez que venía una concentración, Radomiro Tomic

lo presentaba. Pero el problema es que también hablaba. En una oportunidad habló hora y media, y la segunda vez, en Tocopilla, habló una hora y cuarto. Fue tanto, que como yo le tenía harta confianza -fuimos discípulos del mismo colegio, el San Luis de Antofagasta-, quise hacerle una broma. Un día, cuando terminó su discurso, le dije: "Te felicito, Radomiro, porque encuentro que tú has demostrado que la verdad tiene ¡su! hora."⁸ Se me "picó"... Cuando terminó la gira por Iquique se volvió, y así Eduardo Frei pudo continuar más tranquilo hacia Arica y Antofagasta.

(PB): En 1964 no te nombró ministro del Interior, pero sí de Defensa, ¿o fue después?

(JC): Me nombró ministro de Defensa, aunque le había dicho que lo pensara mejor, que buscara una persona más vinculada o con mejor conocimiento de las Fuerzas Armadas, en fin. "No -me dijo-, tú vas a salir adelante, así es que "apechuga" no más".

(RK): En esa época yo era secretario general de la Armada, y a comienzos del gobierno de Eduardo Frei cambiaron la política seguida hasta entonces, en el sentido que los subsecretarios de Defensa fueran miembros activos de las instituciones de la defensa nacional.

(JC): Hubo una gran presión en ese momento para que los subsecretarios fueran civiles políticos. Entonces, le manifesté al Presidente Frei que eso me parecía muy complicado, porque si el ministro era político -y confieso que lo soy-, chocaría con los subsecretarios también políticos. No dimos el paso de ahora, en que se pasó a civiles, civiles.

(RK): Siguió con Salvador Allende y la Marina sufrió mucho en esa oportunidad, porque se fue el mejor grupo de almirantes que teníamos nosotros.

(JC): Realmente, puedo decir que es cierto lo que sufrió la Armada en ese tiempo. Hay que ver las condiciones de las Fuerzas Armadas en aquella época, vergonzosas en materia de sueldos, de establecimientos, en materia de todo. Es decir, abandono total. Voy a dar un solo ejemplo. Los sueldos de la administración pública se reajustaban el primero de enero; los de las Fuerzas Armadas, el primero de julio, a mediados de año. Tuvimos que ir manejando la situación, porque los recursos eran escasísimos en ese tiempo. Así es que durante el primer año (de gobierno) dejamos el reajuste para el primero de marzo, y después lo pasamos al primero de enero para todos. Pero yo me encontré con esa situación. La Fuerza Aérea no tenía aviones importantes, y los aviones de transporte que tenían eran DC-3. Recuerdo que vino el terremoto del año 65 y la Fuerza Aérea Norteamericana mandó un avión DC-6 de auxilio. Y bueno: llega el primer embajador norteamericano y ¿qué le pedimos? Que nos dejara el avión. Así conseguimos un DC-6. Ésa era la realidad. La Armada quería tener su aviación naval, pero les dije: "No se puede. Trátemos de hacerlo junto con la Fuerza Aérea". Vino un problema serio de concepciones que determinó la salida del almirante Neumann, cosa que sentí mucho, porque era una gran persona.

(RK): En esa época yo tenía nueve años de capitán de fragata, en circunstancias que son cinco, porque no había vacantes para ascender. Me encontraba en pleno viaje a cargo de la "Esmeralda", zarpando desde Sydney a Nueva Zelanda, cuando me llegó la noticia de que había ascendido a la vacante dejada por Neumann.

(JC): Tuvimos una diferencia de apreciación con Neumann. Cuando le pedí que este asunto de la aviación naval se conjagara con nuestra política de coordinación con la Fuerza Aérea, me envió un oficio diciendo que no aceptaba esa política,

porque la Armada tenía una concepción de política de Estado, y que miraba el país hacia el futuro, sin la contingencia de un gobierno. Agregaba que en este caso la posición de la Armada era superior a cualquier concepción de política gubernativa que pudiéramos tener nosotros. Entonces lo llamé y le dije: "Yo no acepto este asunto", y como él era bastante "parado de la hilacha"...

(RK): En ese tiempo el almirante Merino era subjefe del Estado Mayor General, y según recuerdo te pidió audiencia y fue a hablar contigo para darte algunas explicaciones. En la Marina se produjo todo un movimiento de desagrado contra Merino, porque algunos oficiales tomaron esa reunión como que Merino se había tratado de "colocar".

(JC): No fue así: él me fue a dar algunas explicaciones, en fin. Sí, yo pasé un mal rato, porque años después mi gran amigo el almirante Raúl López Silva, me dijo: "Mira, ¿creerías tú que después de la pelea con Neumann estuvimos reunidos toda una noche para ver cómo te sacábamos del ministerio?"

(PA): Por su cercanía a Eduardo Frei, y siendo ex ministro de Defensa, tiene que haber vivido de cerca el "tacnazo".

(RK): El tacnazo se produjo porque, como bien decía Juan de Dios, las remuneraciones de la Armada y de las Fuerzas Armadas en general nunca llegaron a un nivel de merecimiento, digamos. Según recuerdo, se decía que un almirante ganaba menos que el ascensorista del Senado. Entonces, en 1967, el Presidente Frei habló de hacer un estudio para mejorar las remuneraciones no sólo de la gente en servicio, sino también de la gente en retiro. Me tocó participar en una reunión con el gobierno, durante la cual se hizo una presentación que costaba -me acuerdo hasta el día de hoy- trescientos se-

setenta millones de escudos para que se arreglara también a los jubilados. Nos dieron setenta millones de escudos, que fue lo mismo que está pasando ahora, en que no se otorga un sueldo, sino una gratificación adicional.

(JC): La situación en materia de remuneraciones era tan atroz que me hice un cuadro comparativo entre lo que ganaba un soldado o un cabo de Ejército y un general de División. Un general ganaba seis veces más que un cabo, pero el cabo ganaba una porquería. Era una cosa insostenible, pero como en ese tiempo no había recursos, tuvimos que adoptar esa fórmula.

(PA): ¿Pero había una política antimilitarista así, como política gubernamental?

(JC): Yo diría que esa política fue el fruto de una situación histórica de las Fuerzas Armadas, originada a partir de la caída del primer gobierno del general Ibáñez, cuando se trató de aislar a las Fuerzas Armadas del mundo civil. Entonces, lisa y llanamente, nadie se preocupó por ellas. Nadie: ni la derecha, ni la izquierda, ni el centro. Tampoco hubo una decisión de las Fuerzas Armadas por manifestar la situación que realmente estaban viviendo. Por tanto, trasladaban los reajustes al primero de marzo, después los retiraban, les daban una bonificación a los activos que no alcanzaba a los retirados, en fin. Recuerdo que fui el primer ministro de Defensa que tuvo la mala ocurrencia de reunirse con los retirados, y en todas partes me planteaban sus quejas y sus problemas. Mis ayudantes decían: "¿Para qué hace estas cosas, Ministro? ¿Para qué se mete?"

(PA): ¿Ustedes tenían algún interés por la situación de las Fuerzas Armadas?

(JC): ¡Sí, sí!, siempre interés.

(PA): Alessandri siempre les tuvo un rechazo, digamos.

(JC): Les tenía una cierta distancia, producto de la misma situación histórica que mencioné, y de lo sucedido con su padre.

(PA): Pero ustedes estaban más abiertos.

(JC): Sí, Eduardo Frei siempre tuvo mucha consideración por ese asunto, y los comandantes en Jefe de esa época tenían mucha consideración por el Presidente. Recuerdo que a causa de la tremenda batahola que se produjo cuando el Senado le negó a Frei la autorización para viajar a los Estados Unidos, los tres comandantes en Jefe fueron a verme para pedirme una audiencia con el Presidente Frei, como una actitud de desagravio. Querían manifestarle que no participaban del asunto y que a su juicio el Senado se había excedido en sus atribuciones al negarle el permiso.

(PA): ¿Y el desafuero del entonces senador Carlos Altamirano por atacar a las Fuerzas Armadas? Al parecer, usted lo impulsó en 1967.

(JC): Altamirano se refirió en forma muy iracunda y grosera a las Fuerzas Armadas, como era su estilo. Entre otras cosas, dijo que eran "sirvientes del imperialismo norteamericano", que no estaban al servicio de la patria, sino "del gran amo de Norteamérica". Entonces, los comandantes en Jefe me pidieron autorización para entablar una querrela; se querellaron y Altamirano fue desaforado. Se defendió en el Senado y también en la Corte Suprema, pero la Corte lo condenó a sesenta días de presidio remitido. Y él, soberbio, dijo: "Aquí se arma la grande en Chile, porque van a apresar a un senador de la República". Después se fue tranquilamente a Capuchinos, a cumplir los sesenta días.

(PB): Sería interesante conocer sus recuerdos sobre el período inmediata-

mente posterior a la elección de Salvador Allende y su posterior ratificación por el Congreso. Hubo una serie de negociaciones y visitas simbólicas, la negociación del Estatuto de Garantías.

(JC): En un momento determinado, la Democracia Cristiana estaba bastante reticente a apoyar la candidatura de Salvador Allende, pero lo curioso es que tampoco tenía una alternativa, como abstenerse o apoyar la candidatura de Jorge Alessandri. Recuerdo que hubo una Junta Nacional sobre el problema, y aunque muchos miembros de la Junta me habían expresado su apoyo, fui el único que defendió la postura de no respaldar a Allende. Quedé absolutamente solo en esa oportunidad. Tanto así que Eduardo Frei y Raúl Troncoso fueron a verme a mi casa al día siguiente para decirme que sentían mucho lo ocurrido. El hecho es que ninguno de ellos se jugó en este asunto. Después de eso surgió la alternativa de hacer el Estatuto de Garantías.

(PB): ¿Recuerda de quién fue la idea, cómo se fraguó?

(JC): Fundamentalmente, la idea fue de Patricio Aylwin, con su criterio estrictamente jurídico. Nos pidió a Aquiles Savagnac y a mí, y también a un muy querido amigo almirante de la Armada, Rodolfo Vío, que redactáramos la parte de las Fuerzas Armadas. Y aquí hay una cosa bien interesante, porque la concepción que tenía de las Fuerzas Armadas no aparecía en la Constitución. La Constitución del 25 ni siquiera tenía una referencia a las Fuerzas Armadas. En el artículo 22, decía: "La Fuerza Pública es esencialmente obediente. Ningún cuerpo armado puede deliberar". Es la única mención que había sobre las Fuerzas Armadas. En esas circunstancias, nosotros decidimos agregarle a ese artículo 22 la idea del profesionalismo de las Fuerzas Armadas, el respeto por sus escuelas formadoras y oficiales y, al mismo tiempo, que fueran

garantes de la constitucionalidad. Eso lo defendió Patricio Aylwin en su negociación, y se introdujo como una modificación del artículo 22.

(PA): Era un buen gol ése...

(JC): Nosotros no teníamos idea de lo que podía suceder en seguida, pero estábamos arreglando una situación, cosa que las Fuerzas Armadas estuvieran garantizadas en un gobierno y que no dependieran exclusivamente del Presidente de la República, como era el caso, quien podía hacer lo que quería con ellas. Eso se aprobó, y después vino toda la otra concepción. Entre otras cosas, se establecieron cosas sobre las cuales yo por lo menos le manifesté mi desacuerdo a Patricio Aylwin, como por ejemplo, que nadie podía ser perseguido por sus ideas políticas. Si el día de mañana a alguien se le ocurría ser nazi, fascista o impulsar un régimen comunista, no podía ser perseguido. Y no lo fueron. Se agregó que cualquier medida tomada en su contra sería inconstitucional. Se lo advertí, y a pesar de ello insistió y sacó esa disposición. Le recordé lo sucedido con la ley de defensa de la democracia. La ley de defensa de la democracia fue posible justamente porque no existía una disposición garantizando el respeto a todas las ideas políticas partidistas, habidas y por haber.

(PA): El artículo octavo de la Constitución de 1980.

(JC): El artículo octavo de la nueva Constitución, que también fue abolido con posterioridad. Bueno, toda esta negociación se hizo, y se hizo de tal modo y con tanto aparato, que el mismo Salvador Allende fue al Senado antes de jurar. Habló y se comprometió, en un discurso ante el Senado, dando las garantías establecidas en el Estatuto. En esas condiciones habría sido imposible que la Democracia Cristiana tuviese una posición contraria a la idea lograda con un Estatuto consagrado

por el propio Partido, y todo lo demás. Lo había votado y se lo había exigido al candidato ganador. Salvador Allende, y por tanto no se podía resistir la idea de votar por Allende.

(PA): Pero hubo también conversaciones con la derecha, como el famoso "gambito Frei".

(JC): Hubo muchas gestiones ahí, muchas gestiones, e incluso hubo fórmulas, pero todas fueron desechadas. Incluso dicen a mí no me consta que una de esas fórmulas fue aceptada por Jorge Alessandri, pero que al parecer Eduardo Frei no la aceptó, de manera que no prosperó. En ese momento era muy difícil, casi imposible, conseguir que el Partido Demócratacristiano aprobara otra cosa.

(PB): ¿Quién negoció el Estatuto de Garantías por el lado de Salvador Allende?

(JC): No lo sé, porque no participé en las negociaciones. Entiendo que él tenía su equipo ahí, y que todos lo aprobaron.

(PB): Nos queda otra cosa importante: la ley de control de armas, o "ley Carmona". ¿Cómo se originó esa ley? Todos sabíamos que había un desorden terrible, por decir lo menos. Había cuerpos armados por todos lados.

(JC): Una de las cosas que más había llamado la atención era el Grupo de Amigos Personales que tenía Allende en su propia Presidencia de la República, los famosos GAP. Una guardia personal suya, armada hasta los dientes. La gente no recuerda que cuando Allende salía desde La Moneda hasta su casa en Tomás Moro, su automóvil oficial se desplazaba por la Costanera con dos automóviles por delante y otros dos por atrás. Todos sus guardias llevaban fusiles ametralladoras apuntando hacia afuera. Hubo también varios atentados. Prácticamente lo que gatilló el

control de armas fue el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic. El Gobierno estaba bastante asustado, tanto así que el ministro de Defensa, José Tohá, prometió toda clase de sanciones y toda clase de juicios. Hasta la fecha, tengo dudas sobre quién ordenó asesinar a Edmundo Pérez Zujovic. Cada vez que he conversado con personas que deberían haberse interesado por el tema, no he sacado grandes cosas en limpio. Tengo grandes aprehensiones y dudas sobre quién ordenó el asesinato, sobre todo por cómo se desarrollaron las cosas con posterioridad. Porque Allende había indultado previamente a las personas que cometieron el crimen, expresando que se trataba de "jóvenes idealistas". La famosa Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP) fue la que asesinó a Edmundo Pérez Zujovic en plena calle pública, en Hernando de Aguirre. Prácticamente lo masacraron a balazos. Sucede que después a esta gente la persiguieron y la acorralaron, los mataron a todos. Y al día siguiente del atentado, el instructor que al parecer tenía la VOP, que había sido carabinero y que les enseñaba el uso de las armas, se puso dinamita en la cintura para ir a ver al entonces director de Investigaciones, Eduardo "Coco" Paredes. Como no lo dejaron entrar, se agarró con dos o tres detectives. Uno de ellos le disparó en la cintura y estalló la bomba. Yo tengo la impresión de que el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic fue producto de una maquinación que se originó entre la gente de Investigaciones, y muy especialmente el jefe de Investigaciones. No tengo pruebas para comprobarlo, pero me he quedado con un sabor amargo al respecto, en el sentido de que nunca se descubrió realmente quién lo hizo. Yo fui muy amigo y compadre de Edmundo Pérez Zujovic. Es el padrino de la menor de mis hijas. Cuando Tohá anunció que tomarían medidas y que iban a presentar un proyecto contra el terrorismo, yo me colgué del proyecto que presentó y agregué una indicación, estableciendo la ley del principio de control de las armas por par-

te de las Fuerzas Armadas. Esa redacción, que yo la tenía lista en ese momento, fue producto de una larga conversación que tuvimos un día domingo en Viña del Mar con mi amigo, el almirante Rodolfo Vío Valdivieso. Ahí armamos ese proyecto. Entonces yo lo pesqué, lo arreglé como una indicación, y lo presenté. Después del asunto del asesinato y todas esas cosas vino un período de calma después de la tormenta y el gobierno retiró el proyecto, diciendo que lo presentaría en mejor forma y que sería amplio. Lo retiró con las indicaciones que yo había hecho, y quedó en nada. Cuando Allende llamó a los comandantes en Jefe a los ministerios, ahí aproveché la oportunidad y lo presenté como proyecto. Conseguí hablar con el general Carlos Prats, quien estuvo de acuerdo y dijo que lo consideraba un buen proyecto. Entonces lo defendí en la Comisión de Defensa, que yo integraba como senador. En ese momento, el gobierno no se atrevió a expresar una opinión contraria. No se atrevió, porque el ambiente y la situación estaban muy "cargados", y el proyecto pasó en el Senado. Como en la Cámara teníamos mayoría, después fue aprobado rápidamente por la Cámara de Diputados y se mandó para su promulgación a Salvador Allende.

Ahí sucedió una cosa que tampoco he podido descifrar hasta la fecha, porque Allende mandó el veto fuera de plazo y con un error de referencia en torno a la disposición que iba a vetar. Para mí, la disposición clave era que el control de armas recayera siempre en las Fuerzas Armadas y Carabineros, despojando ojalá a los intendentes y gobernadores del poder político que recibían en este caso, para entregárselo a las Fuerzas Armadas. Junto con entregarlo a las Fuerzas Armadas, se establecía una obligación legal para que por su cuenta, sin pedir autorización de nadie, pudieran desarmar a los grupos armados que se hubieran organizado dentro del país y que funcionaran fuera de la ley. Ésos eran los dos aspectos más importan-

tes del proyecto. Salvador Allende vetó esa disposición, tratando de restablecer que las armas fueran entregadas por los intendentes y gobernadores, pero se equivocó: en vez de vetar el artículo 17, se refirió al artículo 19, que no tenía relación alguna con la idea expresada en el veto. Además, alguien calculó mal el plazo necesario para vetar. El veto se presentó en la noche, a las dos de la madrugada, cuando se dieron cuenta que a las doce de la noche se les había pasado el plazo, porque creyeron que vencía al día siguiente. Llegaron corriendo a las dos de la mañana, a presentar el veto. Pero yo me había quedado a dormir en el Senado, acompañado del secretario, y teníamos armado todo el asunto para que estamparan ahí que estaban fuera de plazo. Pero así y todo, al día siguiente los del gobierno armaron una tremenda "pelotera". Consiguieron que se reuniera la Comisión (de Defensa) para estudiar el veto, pero la Comisión concluyó que se había presentado fuera de plazo y, en segundo lugar, que estaba mal hecha la referencia por error de concordancia. Así se pudo promulgar la ley de control de armas. Toda esta parte del veto partió de la subsecretaría de Guerra, en el ministerio de Defensa, donde estaba el coronel Valenzuela, una persona muy caballerosa, coronel retirado, que murió poco después de cáncer. Al parecer, él dejó las cosas así, porque era partidario de la ley. Pero el cuento fue una especie de milagro.

(PA): Como tenía contactos, ¿usted se enteró de los preparativos para el 11 de septiembre?

(JC): Mire, le voy a contar la verdad. Yo sabía que estaban planificando este asunto. El día 11 fue como la tercera vez que me avisaban... Yo tenía pasajes para irme a Venezuela en esa fecha, donde ya estaban esperándome Juan Hamilton y Enrique Krauss, porque en Caracas había una reunión de representantes de los partidos demócratacristianos de América Latina,

que iban a referir las experiencias de sus respectivos gobiernos, para sacar algunas conclusiones. Patricio Aylwin no pudo asistir y me designó a mí para hacerlo. Partí temprano al aeropuerto con mi chofer y mi secretario, medio dudoso, porque me habían avisado. Cuando en la radio empezaron a dar noticias de lo que estaba pasando, le dije a Lucho Ortiz, mi secretario: "Anda al mesón y cámbiame el pasaje para dos o tres días más", y regresé hacia el centro de Santiago. Íbamos saliendo del aeropuerto y vimos llegar los camiones de la Fuerza Aérea para tomarse el aeropuerto. Después de eso, nadie pudo salir de ahí. Me habían avisado, pero no lo creí...

(PA): ¿Y se fue a la casa de Eduardo Frei?

(JC): No, no, me fui a mi casa, y después tuvimos esas reuniones en la casa de Héctor Valenzuela, para analizar lo que estaba ocurriendo. De ahí partió el "Grupo de los Trece" que hizo esa declaración de desacuerdo con el pronunciamiento militar. Ahí estaban Renán Fuentealba, Bernardo Leighton, Radomiro Tomic, Claudio Huepe y otros.

(PB): Nos gustaría conocer tus experiencias como integrante del Consejo de Estado.

(JC): Lo único que puedo decir es que tuve varias oportunidades de conversar con el general Pinochet mientras estuvo en la presidencia, y cada vez que se refería a la Democracia Cristiana decía: "Con permiso de usted", y yo le contestaba: "¿Por qué me pide permiso? ¿Me sigue considerando demócratacristiano? ¿No le basta que acepté ser consejero de Estado y todo lo demás? Total que si me voy para el otro lado, me sacan la mugre; vengo para acá, me saca la mugre usted". El recuerdo que tengo del Consejo de Estado es el siguiente. Creo que en Chile ninguna Constitución se ha estudiado mejor, con

tanta dedicación, preocupación, penetración y, además, teniendo a la vista todo lo que había ocurrido con la Constitución del 25, todas las deficiencias que tenía el sistema constitucional chileno a la luz de lo que había ocurrido en el país. Creo que ninguna Constitución chilena fue tan bien estudiada como en esta oportunidad. Jamás recibí una insinuación por parte de La Moneda, del Presidente, de los ministros, o de nadie. Teníamos la libertad más absoluta para opinar, empezando por el presidente del Consejo de Estado, don Jorge Alessandri, que tenía dos normas esenciales. Primero, "no quiero latas: el que no pueda expresar una idea en diez minutos, quiere decir que no tiene las ideas claras". En segundo lugar, decía: "Lo que ha funcionado bien, hay que mantenerlo. Lo que ha funcionado "reguleque" o mal, hay que cambiarlo, hay que modificarlo y ver qué podemos hacer hacia adelante". Formé parte de la comisión redactora de la Constitución (la comisión Ortúzar), del Consejo de Estado y después de la comisión de estudio de las leyes orgánicas constitucionales. Entre otras cosas, me tocó presidir y sacar la ley del Banco Central. Una ley que nunca pudimos sacar, porque jamás llegamos a expresar ideas que construyeran bien lo que pensábamos, era la ley del estado empresario. Desistimos mejor, lo dejamos así. Puedo decirles, por ejemplo, que primero en la comisión redactora y después en el Consejo de Estado, se estudió todo lo referente a lo que podríamos llamar las garantías constitucionales, o derechos del ciudadano. Se estudió muy profundamente, y creo que no hay otra constitución en este momento que contenga todo ese párrafo, ese capítulo sobre derechos constitucionales.

(PA): ¿Por eso se produjo la pelea entre el general Pinochet y Jorge Alessandri?

(JC): No fue por eso, no fue por los derechos. Tuvimos la precaución de establecer una especie de orden de prelación de

los derechos constitucionales. ¿Por qué motivo? Porque hay un problema en torno a los derechos humanos, en el sentido que dos de ellos pueden entrar en conflicto. Para decidir cuál de ellos prima, en la Constitución del 80 hay un principio de solución, al establecerse un orden de prelación que parte con el derecho a la vida y continúa hacia abajo hasta terminar con el derecho de propiedad. Es como una escala de valores, de valoración de las cosas. Lo de la pelea, semipelea, o retiro de Jorge Alessandri después de haberse despachado el proyecto constitucional y de los cambios introducidos, se produjo porque él no estaba de acuerdo con la forma en que se despachó el aspecto de los nombramientos de los comandantes en Jefe de las instituciones armadas. Alessandri tenía una noción presidencialista sobre todas las cosas. Veamos, por ejemplo, el caso del Senado mixto que se introdujo y que pasó por diversas alternativas. La comisión Ortúzar propuso un Senado nacional, con agregados que eran los senadores designados. En términos de nombramiento, proponía que el ex rector fuera designado por el Consejo de Rectores; los ministros de la Corte Suprema, por la Corte Suprema; el ex contralor, con acuerdo de la Cámara de Diputados, que era el organismo fiscalizador; y así sucesivamente. En cuanto a los comandantes en Jefe, proponía que fuera el último a quien le había tocado desempeñar el cargo al momento en que fuera necesario hacer su nombramiento. Todo estaba más o menos, no había una designación allí por parte del Ejecutivo. Cuando llegó esto al Consejo de Estado, con su concepción presidencialista, Jorge Alessandri dijo: "No, a estos senadores los designa el Presidente de la República". Se produjo una discusión bastante fuerte, pero él ganó la pelea y generó ese cambio, cosa que después del examen realizado por la Junta derivó a la forma en que salió. Pero eso fue más o menos un derivado del asunto. Imagínense ustedes cómo estaría ahora la situación si se hubiera aprobado como lo

propuso el Consejo de Estado, que todos fueran designados por el Presidente de la República y por nadie más. Son cosas que no se conocen, y que se irán valorizando con el tiempo.

(PA): ¿Algún otro recuerdo sobre el gobierno de la Unidad Popular?

(JC): Quiero mencionar a una persona que hizo una cosa muy importante durante el tiempo de Allende, la llamada "marcha de las cacerolas": mi mujer.⁹ Mi mujer la ideó, combinándose con montones de amigas, entre ellas —si mal no recuerdo— la mujer de Andrés Zaldívar. De ahí salió este asunto de marchar con las cacerolas vacías, idea que después dio la vuelta al mundo. Cuando a mí me hablan que no se pueden hacer cosas en Chile en materia política, por ejemplo, yo les diría que éste es quizás el caso único que se ha hecho en América, porque realmente no hubo nada. Salió todo de mi bolsillo: los volantes que se repartieron en las poblaciones, los amigos de las radios que nos favorecían a veces con pasar estas convocatorias. La directiva del Partido, dirigida por Renán Fuentealba en ese momento, se opuso. Pocos días después de haber puesto en marcha esta idea, mi mujer —que siempre ha estado muy detrás de mí y llegó en un tiempo a ser jefa del departamento femenino de la Falange—, propuso este asunto en el Partido, y Renán Fuentealba lo rechazó de plano. Después le tocó subir a Narciso Irureta, que también dijo: "No me hablen de este asunto". De quien recibimos algún apoyo fue de Osvaldo Olguín, que estaba de vicepresidente. "Anda, no más. No pidas permiso al Partido, anda", fue lo que dijo. Y así se armó este asunto en una forma increíble. Nos encontramos con Víctor García en los pasillos del Senado; le contamos esta idea que teníamos y se entusiasmó. Llamó inmediatamente a la jefa del departamento femenino del Partido Nacional, que era la mujer de Patricio Phillips, Carmen Sáez, y el compromiso fue que nadie le sacara

partido político a esto. Como a esas alturas había que conseguir los alimentos y todo con "colas", surgió la idea de hacer una marcha con cacerolas vacías, que resultó una cosa impresionante y tremenda de grande. Se realizó con facilidades mínimas, porque conseguí unos camiones con unos amigos camioneros que tenía del norte, de Taltal, más el pago de los volantes. Como único orador habló una mujer totalmente de población, pero no de Santiago, sino del norte. La trajimos, porque hablaba muy bien, por lo demás. Se hizo todo esto y con un resultado que hizo temblar al gobierno de Allende en ese momento. Andaba Fidel Castro acá, y Allende estaba tremendamente preocupado, porque la marcha adquirió proporciones gigantescas. Era una cosa que quería contarles.¹⁰

(PA): ¿Tiene alguna anécdota de sus años en el Senado?

(JC): Para que ustedes sepan cómo era la personalidad de Eduardo Frei, les contaré un par de cosas que sucedieron cuando estaba de presidente del Senado y yo de senador, en 1973. Frei tenía verdadero terror de que hablara un determinado senador, a quien no voy a nombrar,¹¹ porque le gustaba que las cosas salieran siempre muy bien, muy serias, muy adecuadas. Entonces, hizo un convenio conmigo y me dijo: "Mira, cuando me pida la palabra este senador, le voy a decir que tú la pediste antes. Así, tú ocupas el tiempo."¹² En otra oportunidad, cuando se había formado una batahola tremenda en el Senado, que Eduardo Frei trataba de silenciar infructuosamente con una campanilla que apenas sonaba, este mismo senador dijo: "Es necesario que la mesa tenga un martillo para poner orden". Y Frei me escribió los versos siguientes: "Ante el ofrecimiento de un martillo por quienes confunden el Senado con una casa de remates, es un maravilloso y singular privilegio ser martillero de tantas maravillas, sin cometer ningún sacrilegio al ofrecer

en puja sus criadillas. Requerir para ello un pesado martillo, sería crueldad de un depravado. Eso requiere, sin duda, un cuchillo que, para ser humano, debe ser afilado”.

- 1 Eduardo Frei Montalva, Jorge Alessandri Rodríguez y Gabriel González Videla.
- 2 COPEI es el nombre del PDC venezolano. La relación entre los DC chilenos y venezolanos se remonta por lo menos a principios de los cincuenta. Eduardo Frei Montalva visitó Venezuela como parlamentario a fines de los años cincuenta y fue agasajado por los la DC local. El PDC chileno era muy respetado en ese país, sobre todo cuando empezó a obtener grandes triunfos electorales. Eduardo Frei fue el primer DC que alcanzó la presidencia a nivel sudamericano.
- 3 En aquella época era vicepresidente de la Corporación de la Reforma Agraria (CORA).
- 4 El MAPU nació bajo Eduardo Frei; la Izquierda Cristiana, durante el gobierno de Allende.
- 5 Partido Democrático Nacional.
- 6 Movimiento de Avanzada Popular Unitaria.
- 7 Fue en el año 1954.
- 8 Hizo un juego de palabras con el libro La verdad tiene su hora, de Eduardo Frei.
- 9 Lidia González Morales de Carmona.
- 10 La llamada marcha de las cacerolas fue el 3 de diciembre de 1971. Castro aún se encontraba en Chile, porque viajó de regreso a Cuba el 4 de diciembre.
- 11 Se trata de Jorge Lavanderos.
- 12 A cada partido o bancada se le asigna un tiempo determinado por sesión, para que intervengan los parlamentarios de ese partido. Cumplido ese plazo, no pueden pedir la palabra hasta la siguiente sesión. Lo que Frei le pedía a Carmona era que se gastara todo el tiempo de la bancada, con lo cual Lavanderos quedaba imposibilitado de hablar. Es una treta común que utilizan los partidos cuando quieren “silenciar” o sancionar a alguien de sus propias filas.